

gran porvenir; se decía que se iría bien pronto á Dijon en cuatro horas y a París en diez, pero no se mostraban deseos de tener una estación en las inmediaciones. Tres grandes hombres que ejercían entonces una importante acción política, Thiers, Arago y Lamartine, no creían en estos progresos, y pensaban no servirse jamás de este medio de locomoción. Algunos años después, en 1855, se construyó la línea de París á Basilea, pasando por Langres, donde yo hacía mis estudios clásicos, y vi que, allí tampoco, no se tenía la más remota idea de la importancia económica y social de la invención. En lugar de hacer pasar la línea por las mesetas y por Langres mismo, se prefirió hacerle seguir el valle y pasar al lado, por debajo, sin contacto con éste, a lo largo del valle del Marne (1). El ayuntamiento de Montigny pensó de la misma manera, tanto que la estación se encuentra a cinco kilómetros.

Este primer viaje me había ofrecido encantadoras vacaciones en plena naturaleza, en pleno despertar de curiosidad infantil y en plena verdad. No se podía decir de este primer vuelo fuera del nido, lo que escribió mi amigo Alfonso Daudet del suyo: « Primer viaje, primera mentira. » Aquellas fueron simples vacaciones de descanso e instructivas a la vez, y, a mi vuelta a Montigny, venía dispuesto a volver a emprender mis estudios en la escuela con nuevo ardor. Entré en la clase de los mayores, y no tardé en conquistar los primeros puestos.

(1) Después del establecimiento del ferrocarril que toca a Chaumont y deja a Langres a distancia, la población de Chaumont ha aumentado gradualmente y la de Langres ha disminuido en la misma proporción.

III

La escuela primaria. — Pensamientos de niño. — La muerte.
— Los militares. — Las correcciones corporales. — Primera biblioteca. — La revolución de 1848; los árboles de la libertad.
— Sensibilidad y razón. — El doctor Reverchon.

En este sexto año, y en los que siguieron, séptimo y octavo, hice mis clases de francés con un verdadero placer, gramática, ortografía, aritmética, historia sagrada, historia de Francia y geografía, y empezaba a leer diferentes libros, no encontrando casi ninguno interesante, y pensando a veces en materias fuera de mi edad, tales como la siguiente, por ejemplo.

¿Pensan los niños en la muerte?

O para ser más exacto: ¿A partir de qué edad piensa el hombre en la muerte?

Tenía entonces siete años cuando me encontré un día en mi camino con un entierro. El ataúd era llevado sobre una parihuela por cuatro hombres. Los parientes acompañaban el cadáver con signos de profunda tristeza. Pregunté a un camarada mayor que yo lo que aquello era.

— ¡Es un muerto, pardiez! me respondió con un aire bastante desembarazado.

Me informé un poco más y supe que era un hombre que había cesado de vivir, que lo llevaban a la iglesia y después al cementerio para enterrarlo.

— ¡Cesar de vivir! me decía a mí mismo : eso no es posible.

Y añadía a mi camarada, desconcertado :

— ¿Es que yo moriré así también?

— Naturalmente, replicó, todo el mundo muere.

— Eso no es verdad, repuse, no se debe morir.

Aquello me hizo soñar varios días, varias semanas y varios meses. La convicción de que la muerte no existe ha continuado dominando mi espíritu, aunque sé desde hace mucho tiempo que muere un ser humano a cada segundo sobre el conjunto de nuestro planeta. Este es un misterio a resolver y no se está más adelantado sobre él a los sesenta años que a los siete. Pero la idea innata sigue siendo la misma. Nosotros no podemos ser destruidos.

Otro recuerdo, bien preciso, data casi de la misma época. Algunas veces pasaban regimientos por Montigny, con las boletas de alojamiento para su etapa. Nosotros recibíamos siempre un oficial, y mi madre ponía todos sus cuidados respecto a la mesa y el alojamiento. Una hermosa tarde de verano, después de la partida del oficial, que había llegado por la mañana, para ir al café junto al cual debía hacerse oír la música, pregunté a mi madre lo que eran los soldados y para qué servían. « Para defender la Patria », me respondió. Habiéndome hecho después la definición de la Patria, supe que existían también soldados en Alemania, en Inglaterra, en España, en Italia y en todos los países, y que hacían constantemente ejercicios para defender la Patria. « ¿Contra

quién? preguntaba yo. — Contra los enemigos. — ¿Qué enemigos? — Los extranjeros. — Entonces, mamá, ¿nosotros somos los extranjeros de los alemanes y sus enemigos? ¿Nosotros somos los extranjeros de los belgas, de los suizos, de los piemonteses y sus enemigos? — Sí, hijo mío, la sociedad está organizada de esa manera desde hace mucho tiempo. — ¡Cáspita, repuse, qué raro es estar dividido de esa manera! Los hombres aprenden a matarse entre sí. Pero, ¿por qué tocan entonces la música? — Pregúntaselo a tu abuelo, que ha sido tambor, y te responderá que Napoleón tenía gran interés en que se luchara con música. »

Entonces me esforzaba en comprender cómo las naciones son necesariamente enemigas las unas de las otras y no lo conseguía, como no he llegado a comprenderlo aún hoy. La música ha seguido siendo siempre a mi juicio lo más interesante del aparato militar.

Reflexionaba yo también que, si se trataba de resolver una cuestión de interés o de rivalidad, el derecho del más fuerte no prueba nada y sigue siendo extraño a la justicia, y para mí era tan incomprendible un puñetazo como un duelo.

Los hombres nacen con el sentimiento de la justicia. No es la educación la que imprime este sentimiento en el corazón de los niños : lo poseen natural e intuitivamente, y frecuentemente la educación lo falsea, añadiéndole justicias de convención. Un niño comprenderá siempre que recibe una corrección, si la ha merecido; en cambio, no perdonará jamás una corrección inmerecida. En las clases, como en los juegos, las injusticias le sublevaran. A este propósito,

puedo hacer notar por mi parte, que las correcciones corporales me han parecido siempre odiosas y que sufría enormemente asistir a veces a castigos y a los palmetazos que se daban sin piedad sobre la mano extendida, aun admitiendo que los malos alumnos merecían aquellos castigos. He visto esto, temblando de horror, en la escuela comunal de Montigny y en la capilla de Langres. Yo no he recibido estos castigos más que una vez, y aun diminutivo, no en la escuela, sino en casa. (No hablo de los azotes dados por mi madre, aunque haya recibido más de uno, porque tenía la mano ligera, y yo era de una vivacidad extrema entre mis horas de estudio). Pero un día, mi padre me obligó a tender la mano para recibir en ella unos palmetazos con la regla. Creía que yo había roto una cacerola de barro, y yo le sostenía que no. Yo tenía entonces siete u ocho años. Esta cacerola de un bello esmalte verde, estaba, en efecto, descantillada, pero yo no había intervenido en el desperfecto. Recibí la corrección con tal impresión de furor interno, que no lo he olvidado jamás, y que, más de cuarenta años después, este miserable cuadro infantil se representó ante mis ojos en el lecho de muerte de mi padre. Los niños son, ante todo, perfectamente justos, tanto para sí mismos como para los otros. Por otra parte, también lo son los animales.

Quizás también, en ciertos casos, tienen demasiada memoria. Deberíamos no acordarnos más que de las horas floridas y alegres, y olvidar las nubes que, por otra parte, han pasado... como pasan las nubes.

Yo tenía el espíritu de observación bastante desarrollado. Por lo demás, me parece que todos los niños están dotados de esta cualidad en mayor o

menor grado. El ribazo del castillo, que llegaba a nuestra casa, tenía una pequeña fuente, cuyo chorro era bastante grande después de las lluvias. Había deducido de esto, que las fuentes tienen por origen las lluvias. Por otra parte, habiendo visto con frecuencia en casa de mi abuelo materno ruedas de molino movidas por la corriente de un arroyo, había construido, con maderas ligeras de cajas de cerillas, una rueda que instalé por debajo de la fuente, después de haber hecho una atarjea y desviado el agua en forma de saetín. Mi hermana y mi hermano se divertían allí conmigo y simulábamos hasta la molinería, llevando saquitos de trigo, triturando los granos, fabricando harina y haciendo panecitos que se ponían a cocer en el horno los días en que mi madre amasaba y cocía nuestro pan diario en la pieza del horno contigua a la casa. Esos días eran los días de regalo, sobre todo por las ricas manzanas cocidas en una envoltura de masa ligera y succulenta.

Los años 1848 y 1849 marcaron el despertar de los cantos populares y patrióticos, y a ellos debo el haber aprendido la música muy pronto. A la salida de ciertas clases, el maestro de escuela organizó lecciones de solfeo en las que no tardé en ocupar el primer lugar, gracias á una bonita voz de soprano. En los grandes días, toda la escuela celebraba las glorias de la Patria por la *Marsellesa* y el *Chant du départ* (Canción de la marcha). La comuna había organizado la guardia nacional con una importante música, de aire militar, y los niños de la escuela habían tomado la costumbre de acompañarla. De cuando en cuando también, alguno que otro regimiento pasaba el día en Montigny, como etapa entre Bourbonne y Langres ;

salíamos a su encuentro hasta la entrada del pueblo, y la verdadera música militar hacía oír sus brillantes instrumentos. Por la tarde, ante el alojamiento del coronel, se daba un concierto, y yo me las arreglaba siempre de manera a tener siempre la partitura del músico mayor. Tenía entonces de seis a siete años. Hasta la edad de once años, yo cantaba en la iglesia, en compañía del maestro y del cura, todas las misas, todas las vísperas y todos los servicios. Parece que yo cantaba con una tal convicción, que mi penetrante voz atravesaba toda la iglesia, desde el altar mayor hasta la puerta, aun en los himnos lúgubres del *Dies irae* y del *Miserere*, de los oficios de los muertos, en donde voces profundas y lúgubres hubieran estado mejor en su puesto.

Entre los recuerdos de aquella época, no quisiera olvidar la solemne plantación de los ÁRBOLES DE LA LIBERTAD. En Montigny era un álamo joven a cuyo pie vi derramar con gran extrañeza *sacos de avena*. El alcalde, el ayuntamiento en pleno, los bomberos, la guardia nacional con la música, tambores, bombo, y platillos rodeaban el árbol simbólico, junto al que el cura pontificaba en traje de coro, pronunciando oraciones especiales y cantando estrofas a las que respondía el maestro de escuela. La ceremonia se terminaba por la aspersión de agua bendita y la bendición. Este árbol no duró mucho tiempo. Al advenimiento del Imperio, se invitó a destruirlos todos (unos 60.000 en Francia), porque recordaban la República; el de Montigny, por lo demás, no podía subsistir, porque había sido plantado sobre la cuesta, precisamente en el sitio donde se construyó en 1853 una nueva alcaldía para reemplazar la antigua, que resul-

taba insuficiente. Estos árboles de la libertad de la segunda República no eran más que una pálida imagen de la gloriosa efervescencia popular de 1792, que había querido asociar la naturaleza a la nueva era de la humanidad.

Los jueves, en tiempo de la siega del heno, y algunas veces los otros días después de la escuela, se iba a los prados para ver hacer los henos. Los álamos agitaban suavemente sus temblorosos follajes, una embalsamada atmósfera nos envolvía, el agua de la fuente estaba tranquila y límpida, se revolvían los manojos, se hacían los haces de heno, se los colocaba en la carreta y se los llevaba a la granja, mientras que el Sol se ocultaba en un cielo de oro. La naturaleza era bella, y la vida campestre era dulce en la simplicidad patriarcal.

Había en Montigny un joven y simpático médico, el doctor Reverchon, nacido en París en 1825, que venía con frecuencia a casa y, agradándole satisfacer mi curiosidad siempre alerta, me llevaba con él en su cabriolé a visitar las inmediaciones del país, donde le llamaban sus enfermos. Con él visitaba las fuentes del Mosa, de que Walferdin, correspondiente de Arago, tomaba la temperatura con termómetros de su invención; los baños de Bourbonne, que databan del tiempo de los romanos; el antiguo castillo de Clefmont, donde se bebía aún vino del cometa de 1811; los ricos y fértiles campos del Bassigny; las granjas de los alrededores, habitadas y cultivadas casi todas por los Flammarion. El doctor tenía un carácter extremadamente ameno, y cantaba agradablemente las canciones cómicas. Me parece que su alegría natural le ha dirigido excesivamente bien en

su vida, porque aun hoy no la ha perdido, y le envió, en su agreste retiro de Nogent, el recuerdo de horas deliciosas de mi infancia, que tanto ha contribuido a embellecer.

Jamás me ha gustado sufrir, ni aun de las muelas. Un día que se me debía arrancar un diente de leche, me opuse a ello con toda mi energía, dando gritos regados de amargas lágrimas. « ¡Veamos, dijo mi amable doctor, ese diente, que estoy seguro no habrá necesidad de arrancar! »; y habiéndolo examinado, dijo: « ¡Ah, será sin embargo necesario! » Entonces me puse á gritar cuanto podía. « ¡No, no te lo arrancaré! añadió. ¡Ah, helo aquí! » Me lo había cogido con los dos dedos sin que yo lo advirtiera, y me demostró que no tenía motivos para llorar. Entonces me eché a reír, teniendo aún los ojos llenos de lágrimas. Era el Sol después de la lluvia.

Me digo algunas veces que exageramos sin duda nuestros males por la imaginación, y que sería mejor ser razonable. No conviene ser demasiado sensible.

El valor físico no es para mí un asunto de admiración (1); el placer del estudio solitario y tranquilo

(1) El excelente doctor Reverchon, de edad hoy de ochenta y seis años, decano de los médicos del Alto Marne y presidente de su Asociación, parece contradecirme. He aquí la carta que me escribió después de la lectura de las páginas precedentes:

« Mi querido Flammarion:

« Acabo de leer el afectuoso recuerdo que V. me conserva: gracias por el honor que me dispensa.

« Algunas veces me acuerdo del peligro de que V. escapó, cuando yo habitaba Montigny. Había V. caído gravemente enfermo, atacado de una congestión pulmonar. Le encontré con la cara vultuosa, la respiración difícil, precipitada, la temperatura elevada y atascamiento del pulmón. Estado gene-

me ha dominado constantemente, y los pendencieros me han parecido siempre una especie de animales venenosos.

Yo no podría ser militar, ni duelista, ni cirujano, ni carnicero. La vista de la sangre me horroriza. No me gusta ningún género de lucha; la vida me parece bastante corta y bastante interesante en sí misma para que se la pase tranquilamente. Yo no pertenezco a la categoría de los hombres que buscan el peligro, y hasta confesaré que la mayor parte del tiempo no los admiro. La soberbia audacia de los espadachines modernos me falta igualmente, y, no sólo no soy agresivo, sino que, aun cuando haya tenido siempre el valor de mis opiniones, no las defiende casi nunca en ninguna discusión, dejando este cuidado a la pluma, si ha lugar a ello. Por lo demás, no creo que las discusiones convengan jamás a uno u otro de los antagonistas. En general, cada uno conserva sus ideas.

ral, grave. Era de imperiosa necesidad una intervención radical: había amenaza de muerte inminente.

« Una sola indicación me pareció precisa: la sangría.

« Entonces le dije: « Hijo mío, es preciso que te saque sangre con mi lanceta, pero no te asustes »; y entonces me tendió V. su brazo sin vacilar, y el peligro se conjuró por revulsivo *intus et extra*.

« V. mostró un valor extraordinario para un niño de su edad.

« Su viejo amigo que le quiere.

DOCTOR REVERCHON.

Yo tenía entonces siete años y me acuerdo como si fuera ayer. Parece que me veo dando vueltas en la mano a una bobina y mirando cómo salía mi sangre. Mi madre parecía muy alarmada. En mi convalecencia, una niña de mi edad vino a distraerme con imágenes recortadas e iluminadas por ella. Se llamaba Antoineta Chapitel y era tan simpática que... resulté amoroso de ella. Algunos años después tuve el primer disgusto de mi vida: esta graciosa amiga murió a la edad de diez años.